

## CAPÍTULO IX

Popayan. — Los jardines de Payan. — Centro de operaciones militares. — Males profundos que hizo la revolucion. — Impresiones en San Francisco. — Biblioteca. — Riqueza y beneficencia de los antiguos nobles. — Santo Domingo y la Compañía. — Una reflexion. — Reformas introducidas por un diocesano celoso. — El seminario. — Abnegacion ejemplar. — Trabajos desorganizadores. — Lance curioso. — Buga. — Estado del Cauca. — Hechos repugnantes. — ¿Qué decian los mandatarios?

Atravesaba los campos de Timbio, cuyas largas veredas pantanosas, estrechas y pendientes presentaban sérias dificultades á algunos de nuestros compañeros que no estaban habituados á traficar por caminos de esa naturaleza. Los campos que tenia delante de mis ojos serán siempre memorables en la historia de la revolucion, porque fueron mil veces teatro de sangrientas guerras, porque sus habitantes son reputados por valientes entre los mas esforzados granadinos y porque la tierra oculta allí á millares los cadáveres que sacrificaron las discordias fomentadas entre hermanos que jamas deberian haberse dividido. Las altas torres de Popayan me recordaban algunas escenas de esta misma guerra, cuando convertidas

en fortines despedian balas contra los enemigos de la autoridad que regia los negocios públicos.

En los suburbios de la poblacion, ciertos promontorios anuncian haber existido allí grandes edificios en época muy remota. La tradicion asegura ser aquellos los restos del palacio del Payan ó reyezuelo de la comarca. Los que encuentran grande todo lo que tiene su origen en los que no conocieron la fe, examinando las piedras toscas, los trozos de murallas y los demas objetos que pertenecieron á aquel, divisan nobleza en el polvo, pensamientos profundos en las piedras y grandes concepciones en lo que apenas tocó la mano del hombre; nosotros nada de esto hemos percibido ni en las ruinas de Payan ni en ninguna otra de cuantas se encuentran esparcidas en el vasto continente americano. Al hombre bárbaro que vive dominado por los sentidos, al hombre animal que no se eleva de la tierra ni es capaz de sentimientos nobles, puros y sublimes, al hombre esclavo, en fin, que adora los inermes simulacros, adora las torpes bestias y se adora á sí mismo en sus pasiones divinizadas por una religion brutal, ¡ved ahí todo lo que hemos visto! y ved ahí todo lo que ven cuantos sin preocupacion alguna meditan sobre las ruinas que las generaciones paganas legaron al linaje humano. Al corazon noble ni admira ni electriza sino lo realmente noble, y por cierto que ninguna nobleza revelan las obras que exhiben sobre la tierra al hombre envuelto en el polvo de los vicios y movido por las pasiones mas bajas y mezquinas.

La ciudad de Popayan fué durante la revolucion el centro de operaciones guerreras ya del ejército español ya

del republicano. En Nueva Granada y Venezuela habia triunfado la república, y los pueblos, organizando ejércitos numerosos, marchaban sobre ella. Pasto, todo el Ecuador y el Perú, que aun se mantenian adheridos á la monarquía y permanecian fieles en la obediencia á los reyes de España, fortificaban sus ejércitos en Popayan. ¡Veintidos veces fué esta ciudad presa del vencedor! y en cada una de estas los intereses de sus vecinos que profesaban diferentes opiniones no pudieron ménos de experimentar gran detrimento. Y no fué la fortuna de los ciudadanos lo único que sufrió en tan penosa situacion; la guerra derramaba sobre Popayan hasta las heces la copa de los infinitos males que la acompañan; el honor, la moral, la fe, la religion y sus ministros, todo sufrió, y no de una manera cualquiera sino de un modo cruel y que traía consecuencias irreparables. Esta es una de las causas de la decadencia de Popayan: sus grandes capitalistas que competian con los propietarios mas ricos de Méjico, Lima y Buenos Aires; los nobles que á los títulos dados por el soberano añadian largos servicios prestados á la civilizacion americana, protegiendo las escuelas, las parroquias y los establecimientos de beneficencia, todos estos vieron eclipsarse su esplendor y declinar su fortuna, mientras que los conventos, los hospitales y todas las casas que influían mas directamente en beneficio de los indigentes, decayeron tambien porque les faltaron sus mas celosos y esforzados sostenedores; la moral decayó, porque, en medio de las escenas brutales de ejércitos que combaten, de soldados furiosos que ocupan los pueblos que les hicieron resistencia, y de partidarios exaltados y

sedientos de venganza, es difícil reconocer los fueros de la inocencia y respetar los derechos de la virtud. Los conventos que servian de baluarte á la religion del pueblo fueron los primeros en desaparecer bajo la tiranía insultante que entronizó la revolucion disfrazada como casi siempre con el manto de la libertad. El clero secular, regido alguna vez por pastores tímidos por carácter y acobardados aun mas todavía por la actitud hostil de un gobierno que acechaba hasta los actos mas ligeros é insignificantes de su poder, sintió relajarse su disciplina. Los sacerdotes celosos de la observancia vigorosa de las leyes eclesiásticas vieron con amargura elevarse á la Santa Sede peticiones que, despachadas favorablemente, habrian introducido innovaciones funestas en el santuario. Los seminarios eclesiásticos sucumbieron, y el clero de Popayan, uno de los mas respetables de la América del Sur por la ciencia y por la virtud de sus individuos, contó entre sus miembros algunos que en los bancos del congreso apoyaron las mociones de los enemigos del catolicismo y votaron con los rojos y revolucionarios. No queremos profundizar mas estas heridas; pero diremos sí con toda la energia de que somos capaces, que entre las gravísimas pruebas á que la Iglesia católica estuvo sometida, y entre los males sin cuento que con heróico valor soportó en Nueva Granada, fué este uno de los mas amargos y dolorosos.

Visitando el monasterio de San Francisco, observando su hermosísimo templo, sus claustros suntuosos y tantos restos que conserva todavía de su antiguo esplendor, así como de la observancia regular en que vivian sus re-

ligiosos, un movimiento de dolor y de indignacion á la vez conmovió mi alma. Aquel grande edificio, desierto casi del todo, no podia prestar los servicios que reclamaba la fe del pueblo; tres sacerdotes que confesaban y se ocupaban continuamente de su ministerio, no podian atender á cuantos concurrían, y en vano pedían estos cada dia el pan que alimenta el espíritu del cristiano, porque no encontraban quien se lo diese.

En la biblioteca habian acopiado los religiosos un número crecido de volúmenes que pusieron á disposicion de los estudiosos. Era esta la única biblioteca que existió en Popayan, y el mérito de sus fundadores fué tanto mas grande cuanto que aquellos libros no pudieron conducirse hasta allí sino con ingente gasto, ni conservarse sin sacrificios inmensos de parte de los religiosos. El alma se conmueve cuando observa tanta abnegacion, tanta filantropía, tanto celo en beneficio de la sociedad desconocidos, deprimidos y malogrados por ingratos, y triunfante á la vez el egoísmo de los malos con ruina de los buenos ciudadanos. Mucha ostentacion se ha hecho de luces, de saber y de inteligencia; en Nueva Granada las casas vacías de los religiosos se han trasformado en colegios en algunos pueblos; los despojos de las iglesias y de los monasterios se han destinado á liceos que recibieron el nombre de quienes los fundaban con bienes ajenos; los institutos de San Simon, de San Francisco de Paula y los demas de la república fueron como los herederos de los bienes que la libre é irrevocable voluntad de ciudadanos granadinos habia donado á otros establecimientos. ¿Y cuáles han sido hasta hoy los efectos de las leyes que así lo dispusieron?

¿Dónde están las grandes obras que han sido acabadas con esas rentas? ¿Dónde los suntuosos edificios, las ricas bibliotecas, y los salones de lectura abiertos en beneficio de la instruccion pública? Nada de esto existe, el mal se hizo, lo que habia se ha concluido, esta es la verdad, bien triste ciertamente para todo el que ama el bien de sus semejantes. Muchas veces, contemplando los edificios arruinados de los regulares en Popayan, Honda, Mompos, Cartagena y en infinitos otros lugares, mi entendimiento, entre las aprehensiones de dolor y de indignacion que excitan la presencia de las ruinas y el recuerdo de las pasiones furiosas de los hombres que destruyen, ha reflexionado cuánto hicieron en América los esfuerzos del celo y de la caridad, y cuánto mas hubieran ejecutado todavia, si no hubiesen sido cortados en su carrera del mismo modo que el árbol tronchado por la mano de quien no conoce su mérito, cuando principia á elevarse en medio del jardín que está destinado á embellecer con el rico follaje de sus ramos y con el aroma y belleza de sus frutos. Mientras tanto, los que animados de pasiones mezquinas condenaban á morir lo que no estimaban y violando la propiedad aplicaban bienes ajenos á otros objetos, ningun servicio prestaron á la sociedad, ni á la ilustracion con ciencia derramada en los pueblos, ni consolaron á estos con ejemplos de virtudes que les inspirasen fortaleza y abnegacion, ni resolvieron á los ciudadanos á marchar constantes por la senda que conduce á los hombres á la grandeza verdadera y adquiere á las naciones un renombre inmortal. Nada hicieron, lo repetimos, y si algunos vestigios encuentra el que estudia la historia de los pueblos en la fisonomía de

estos, son de aquellos que arrancan gemidos al alma y suspiros al corazón.

Popayan, hemos dicho, tuvo en su seno familias opulentas, y á la noble generosidad de estas fueron debidos algunos de los establecimientos religiosos que hoy se ven decaidos y medio arruinados en su recinto. El templo de Santo Domingo, donde se advierten todavía reliquias de la magnificencia de los paramentos que servian para el culto divino, y la Compañía, obra notable en ese género de arquitectura que se advierte en los edificios religiosos de América, que sin seguir estrictamente las reglas del arte ni someterse á sus prescripciones, produce sin embargo un conjunto que inspira en el alma recogimiento y devoción, harán perpetuamente honor á su fervorosa piedad.

La Compañía conserva todavía muchos bellos relieves de madera trabajados con gusto, algunas pinturas y otros adornos de valor. La tradicion asegura que todas esas obras fueron ejecutadas en el país por artistas enseñados allí mismo por los maestros y directores de la fábrica. Doscientos años han corrido despues de esta, y si hoy vamos á buscar alguno que ejecute trabajos como aquellos, nadie encontraremos capaz en Popayan. Por aquí se conoce cuánto descenden los pueblos cuando son invadidos por ese furor que destruye, sin tener arbitrios para reparar, ni voluntad para hacer bien.

La Providencia, suscitando un obispo celoso y lleno de constancia para ejecutar proyectos que tienden á restablecer el decoro de la casa de Dios, concedió á Popayan un elemento de rehabilitacion, de vida y de prosperidad moral. Las conferencias de teología, los exámenes sino-

dales y el estudio necesario para poder intervenir decorosamente en esos actos, fueron algunos de los medios adoptados por aquel para realizar las reparaciones que el decoro del santuario exigia con urgencia. Pero sobre todos, la institucion del seminario es el que debe dar frutos mas abundantes y preciosos. Las circunstancias de Popayan no permitieron que ese plantel de ministros de Dios fuese exclusivamente para clérigos; todos los jóvenes pueden ser admitidos en él, y quien con vocacion para el sacerdocio trata de perfeccionarse en las prácticas de abnegacion y de piedad, recibe la misma educacion y vive sometido al mismo régimen que el que solamente aspira á estudiar la ciencia que debe prepararle para hacer un papel distinguido entre sus conciudadanos ó darle medios para ganar una subsistencia honrosa en el ejercicio de los negocios públicos. Esto ofrece graves inconvenientes, pero inconvenientes que en América alguna vez no pueden los obispos salvar con facilidad. Muy edificante es por cierto ver al diocesano ir cada dia al seminario y colocarse en medio de los jóvenes para darles lecciones como uno de los profesores del colegio. Si en todos los pueblos se trabajase con el mismo celo y con igual constancia, los resultados los recogeria la patria en abundantes elementos de orden y bienestar social, los ciudadanos instruidos en sus deberes cooperarian á la cosa pública con la pureza que se necesita y la república floreceria mejor apoyada en la virtud de los individuos que en la severidad de las leyes y en la energia perseverante de los magistrados.

Mas, trabajos de otro género que tienden á desorgani-

zar el orden social y á hacer impotente la fuerza de las leyes para proteger los intereses públicos, se emprenden tambien en Popayan con una constancia digna de mejor causa. El socialismo, vencido en las cámaras legislativas, derrotado en las mesas electorales y confundido vergonzosamente cuando, arrojando la máscara de legalidad con que disfrazaban sus actos despóticos, sus jefes y caudillos proclamaron la dictadura, no abandona su propósito de pervertir la moral de los pueblos. Logias formadas en el seno de estos difunden en las masas las doctrinas mas absurdas que aquel proclama, y los efectos de su propaganda se dejan sentir comprometiendo los fundamentos en que estriba todo el edificio social. El principio de la propiedad sobre todos los demas es violentamente combatido, y los crímenes que de ordinario lo deprimen se multiplican sin medida en el Estado del Cauca. Tuve ocasion de conocer algunos lances curiosos relativos á aquellos, y entre otros uno que pinta al vivo los efectos que producen las doctrinas socialistas en la muchedumbre. Uno de los mas exaltados partidarios de estas ideas demandó á su mayordomo ante el juez, porque habia muerto algunas vacas en su hacienda. El reo, sin negar el hecho de que se le acusaba : « Yo, respondió, no he creído hacer en esto mal alguno, pues mil veces he oído á mi patron que los bienes son comunes, que la propiedad debe dividirse, que las riquezas que guardan los propietarios son robo, pues todo pertenece igualmente á los pobres y á los ricos, y que esto mismo es lo que ellos pretenden realizar cuando tratan de apoderarse del gobierno y nos estimulan para que con todas nuestras

fuerzas les ayudemos. » El fundamento que habia motivado la induccion del mayordomo era efectivo, y la falta de este, si falta podia llamarse en tal caso, era la credulidad y simpleza con que se dejó alucinar por los discursos de hombres sin fe y sin conciencia.

En todo el Estado del Cauca han sido frecuentes los hechos de esta naturaleza. Buga los ha oído proclamar á voz en cuello en presencia de las autoridades encargadas de reprimir los excesos de la demagogia ; Cali y Cartago han temblado ante las hordas de negros reunidas para asaltar las casas de los ciudadanos que profesaban principios conservadores, y mil veces tuvieron estos que abandonar su familia y su propiedad para no ser víctimas de la furia de los socialistas. No pasaremos en silencio un hecho que pinta la deformidad de los efectos de los trabajos desorganizadores de aquella propaganda. Un abogado proclamaba la igualdad en el seno de los clubs, compuestos en su mayoría de negros y mulatos. Dirigiendo á estos la palabra, les excitaba á conspirar contra los ricos y « á humillar, como él decia, la osadía de los que estaban habituados á mandar. » La insolencia de aquellos no tardó en hacerse sentir bien dolorosamente, y las primeras víctimas fueron los mismos que la provocaban. Los negros que servian en la casa de aquel demagogo quisieron que fuesen tolerados sus desórdenes, y encontrando resistencia en su señora, cumplieron en esta al pié de la letra lo que tantas veces habia dicho aquel. « No sereis vosotros libres hasta que aquellos que un dia se llamaron vuestros amos hayan experimentado sobre su cuerpo los efectos de vuestro enojo, y les

hayais refregado sobre sus labios vuestros inmundos zapatos. »

Mas, por enormes que parezcan, como realmente lo son, hechos de esta naturaleza, pequeños se los juzga comparados con otros que sucedian en esa misma época en el Cauca. La plebe excitada por los *rojos* y *gólgotas* que predicaban el socialismo, se entregaba á toda clase de desórdenes delante de una autoridad sin elementos para reprimirlos. Los clamores de los pueblos, sobrecogidos de espanto, llegaron al fin hasta las altas regiones del poder; los diputados al congreso nacional por los departamentos donde se cometian, los denunciaron é interpelaron al poder ejecutivo, á fin de que diese cuenta á la representacion nacional de las medidas que hubiese tomado para contener los excesos que los motivaban y en los que aparecian comprometidos sus partidarios, esos mismos que habian elevado á los hombres que presidian la administracion. Pero el ministro de Estado del general Lopez, presidente de la república, llamó entónces « retozos de la democracia » á todos aquellos atentados repugnantes contra las garantías que goza el hombre que vive en sociedad. Y el que en el castillo de Sant'Angelo creyó « sincera relacion » la de un bandido que llamaba *infame* al personaje mas sagrado, augusto y venerable que existe para el católico; el que llamó « leyes bárbaras » á las que reprimen los delitos, y « víctimas » á los verdaderos delinquentes : « No puedo refrenar esos abusos, respondió, sin detener la marcha triunfante de un pueblo soberano y único árbitro de sus destinos. » Así se expresan los mandatarios que se llaman *ultra-*

*liberales*. De suerte que, segun su modo de ver, los ciudadanos que sufrían las consecuencias del desorden, no tenían derechos que les salvaran de aquellos actos de verdadero vandalismo, y los actores de estos ¡ estaban en su derecho al cometerlos !...

